



**BYUNG-CHUL HAN**

*La desaparición de los rituales*

**BARCELONA:** Herder Editorial

**AÑO:** 2020

**PÁGINAS:** 120

**ISBN:** 978-84-254-4400-5

**JOSÉ A. MANSILLA** / OBSERVATORI D'ANTROPOLOGIA DEL CONFLICTE URBÀ (OACU).

## Reseña

Cada verano, el Presidente del Gobierno de España, independientemente de su color político, se sube a un Falcon 900 del Ejército del Aire asignado para el transporte de los miembros del Ejecutivo y acude a realizar un despacho oficial con el Rey al Palacio de Marivent, en la balear ciudad de Palma. Cabría preguntarse si tal gesto es necesario, habida cuenta de *la que está cayendo* con los rebrotes del COVID19, el cuestionamiento de la propia Monarquía debido a los escándalos y corruptelas de Juan Carlos I, el papel meramente simbólico de esta institución en la arquitectura institucional española o la huella ecológica que tal desplazamiento entre puntos muy distantes puede llegar a suponer en cuanto al uso de combustible. Sin embargo, el pasado día 12 de agosto dicha reunión tuvo lugar. No podía ser menos, ya que se trata de uno más entre los diversos rituales que adornan el ejercicio de la política y el desempeño del poder a nivel global. En un sentido amplio, podríamos considerar como rito o actividad ritual aquel «*acto o secuencia de actos simbólicos, altamente pautados, repetitivos en consonancia con diversas circunstancias, en relación con las cuales adquiere un cariz percibido como obligatorio y de la ejecución del cual se derivan consecuencias que total o parcialmente son tam-*

*bién de orden simbólico»* (GTE-EP, 2003: 7)<sup>1</sup>, características que las visitas presidenciales estivales a Mallorca parecen cumplir.

Incluso en este extraño 2020, la cotidianeidad se encuentra plagada de rituales. Durante el pasado confinamiento, con la economía española en hibernación, nuestro ámbito relacional se vio severamente restringido. Muchos, los más afortunados, dejaron de acudir a su lugar de trabajo, pudiendo desempeñar su labor desde casa. Cesaron los encuentros en los bares, los partidos de fútbol dominicales, las visitas familiares, los eventos religiosos, las fiestas y celebraciones populares, las representaciones teatrales y las proyecciones de cine, entre otros. Entre la diversidad de elementos comunes que presentan estas acciones podríamos señalar, precisamente, su marcado carácter ritual. El ser humano es una especie social. Su supervivencia material está basada, de manera fundamental, en su relación con los demás. Los rituales y símbolos permiten a la humanidad construir la realidad que la envuelve, cambiando y adaptando sus dinámicas sociales de manera dialéctica a la transformación del mundo. Bajo el confinamiento, los ritos no desaparecieron, sino que se vieron, por así decirlo, reprogramados a diferente escala y con enormes cotas de desigualdad; pasamos de ocupar calles y equipamientos públicos y privados a celebrar nuestros rituales entre las cuatro paredes de nuestras casas.

Byung-Chul Han dedica su último libro, *La desaparición de los rituales* (2020), a este tipo de acto tan específico de las sociedades humanas. Los rituales, que han sido uno de los ámbitos de estudio tradicionales de la antropología, se presentan aquí bajo la lupa de la filosofía en una aproximación ciertamente original. En su habitual estilo, Han nos ofrece una obra breve donde realiza una enumeración de los vínculos que los rituales mantienen con diferentes esferas de la vida social. De este modo, la producción y el consumo bajo el neoliberalismo, verdadera bestia parda del filósofo coreano, se caracterizarían no por su enfoque hacia la satisfacción de necesidades reales, sino por su participación en una aceleración y expansión sin límite de la mercantilización de todos los aspectos de la vida humana. Todo puede ser llegar a ser una mercancía, incluso nuestros sentimientos. Esta versión capitalista de la existencia no encajaría en los moldes de la construcción social del tiempo que suponen los rituales. Como señalara el historiador Franco Cardini, en la historia moderna, el mundo de los rituales y «*el mundo de la producción han estado caminando al mismo paso, pero en sentido inverso, de tal modo que el primero ha ido reduciéndose de manera exactamente proporcional a la ampliación del segundo*» (1984: 71) evidenciando, de este modo, que el

---

1. Traducción propia del catalán.

tiempo del trabajo, acotado, individual y extensivo, es incompatible con el de los rituales y la fiesta: libre, colectivo e intensivo.

Han dedica otro de sus capítulos al concepto de «autenticidad», el cual es presentado como una motivación moral que, frecuentemente y en todo tipo de discursos, es confundido con la libertad. Esta autenticidad como libertad derivaría en narcisismo y autoexplotación. Actualmente, desde diversas opciones políticas se presenta el emprendimiento y la iniciativa privada económica e individual como la base fundamental de un mundo más libre y menos sujeto a las ataduras de la empresa clásica, con sus horarios, pero también con sus derechos. Este tipo de iniciativas estarían basadas en una cierta introspección psicológica alejada años luz de la necesidad de extroversión de los rituales. Los emprendedores no se sindicaron, pues reclamar ayuda a la colectividad es un símbolo de su fracaso. Además, los movimientos sociales en torno al trabajo, los sindicatos clásicos, son los protagonistas de uno de los mayores rituales de la historia moderna: las manifestaciones y las huelgas, ajenas por completo al espíritu estético individual del emprendedor.

El neoliberalismo presenta la historia como una línea continua, sin alteraciones, lo cual tampoco permite el cierre y la conclusión de las diferentes fases que pueden constituir una vida. Ni siquiera la muerte supone el fin ahora que podemos seguir vivos en Internet y las redes sociales. Los funerales no son más que ritos de paso grupales donde el protagonista, en este caso, no sería tanto el finado como una comunidad que asumiría el fin del miembro de la misma de forma colectiva. La desaparición de estos umbrales, dice Han, conduce «*al infierno de lo igual*» (2020: 51), un mundo pobre de espacio y tiempo, pero libre de barreras para la libre circulación y producción del Capital.

La desacralización del mundo ha conllevado, además, una pérdida significativa de rituales. La disolución del papel de la religión organizada en las sociedades modernas ha venido acompañada de una preponderancia de la esfera del trabajo y la producción, ámbitos que, como ya se ha mencionado, individualizan y aíslan al ser humano, mientras que la fiesta, como esfera ritual por excelencia, los congrega y los une. La religión determina un tiempo sacro, un calendario marcado de fechas en rojo que rebosa formas ritualísticas y construye un tiempo alejado de la linealidad e igualdad de aquel dedicado a la producción. Navidad, Reyes, Semana Santa, Carnaval, la Virgen de Agosto, San Miguel, San Martín, Todos los Santos, etc., suponen hitos que, como señala Saint-Exupéry en su novela *Ciudadela*, «*son en el tiempo lo que la morada es en el espacio*» (1948: 9), pero que, a la vez, impiden la expansión de la mercantilización ilimitada de la vida.

Para Han, el juego es otro de los ámbitos de la vida social que se caracterizaría por tener un marcado carácter ritual. El juego es derroche, es decir, «*supone una energía y un tiempo que pueden parecer desmesurados respecto al resultado empírico obtenido*» (GTE-EP, 2003: 7) y, por tanto, destinan y desvían un tiempo y un esfuerzo que podrían ser acaparados por el sector productivo. Los juegos han de ser proscritos, o mercantilizados, para ser útiles al Capital, pero, para ello, antes hay que higienizarlos, homogeneizarlos y empaquetarlos adecuadamente, de forma que puedan ser vendidos y consumidos. Es así como fiestas antaño feroces y salvajes han sido desposeídas de sus elementos fundamentales y, de este modo, aceptadas por un público cada vez más amplio. Y, cuando esto no ha sido posible, se han inventado otras: blancas, insípidas, neutras... muertas.

Los rituales nos abstraen como personas, nos desindividualizan. Han escoge muy bien el ejemplo de la ceremonia japonesa del té para exponer esta aproximación. Durante este rito, los participantes no piensan, solo actúan; son, siguiendo el marco estructuralista de Lévi-Strauss, significantes que se relacionan entre ellos a través de la pura forma, del mero envoltorio. Esa abstracción, paradójicamente, excluye cualquier forma de individualismo, de psicologismo, dándose una interacción comunicativa sin comunicación verbal: una comunión sin palabras, un colectivo sin significados. Se necesita, eso sí, tiempo y silencio, ambos enemigos acérrimos del neoliberalismo, que necesita de la expresión rápida y continua —y donde redes sociales como Twitter serían un gran ejemplo— para generar ruido y beneficios. Cualquier cosa que merezca la pena necesita su tiempo.

*La desaparición de los rituales*, por tanto, centra su atención en el neoliberalismo como principal enemigo de estas acciones colectivas. Esta es la principal hipótesis de Han y, también, su principal debilidad. Han no es un científico social; es un filósofo, un pensador; y como filósofo y pensador realiza interesantes reflexiones sobre elementos clave de las sociedades humanas contemporáneas. Pero para realizar correctamente esto hay que tener claro los conceptos, además de mantener siempre una perspectiva histórica. A lo largo del libro, Han no entra en ningún momento a definir lo que entiende por «neoliberalismo»; el gran disolvente de los rituales aparece, así, como un fantasma, como una fuerza invisible que el lector debe sobreentender como elemento presente que actúa fehecientemente y en cada momento sobre nuestra vida social. Y no le falta razón: el neoliberalismo ha alterado profundamente nuestra realidad, nuestra forma de relacionarnos los unos con los otros, pero esto también sucedió, hace dos siglos aproximadamente, con la aparición del capitalis-

mo, y hace cinco, con la Reforma Protestante. Es más, fue el proceso de urbanización intensiva generado por el capitalismo industrial el que, en Occidente, conllevó una disolución efectiva de las relaciones sociales primarias del mundo rural tradicional, lugar por excelencia de rituales, fiestas y celebraciones religiosas. Sin embargo, esto no comportó su eliminación o disolución, sino solo su transformación. El resultado fueron rituales de barrio, sindicales, políticos, deportivos, culturales, etc., que se articularon en torno a los factores constitutivos del nuevo modo de producción, el capitalismo, pero que no desaparecieron; más bien al contrario, mutaron y se diversificaron por doquier.

Tiene razón Han en que se ha producido una reformulación de los rituales a escala individual. El individualismo capitalista puede haber traído la necesidad del diseño de rituales *ad hoc* vinculados, en cantidad de ocasiones, a libros de autoayuda, guías hacia el éxito o compendios de recomendaciones para emprendedores, pero esta importante característica es *despachada* por Han en un pie de página del primer capítulo de su obra. Como si de una adición de última hora se tratase, de un comentario amigo, intenta aclarar que de este tipo de ritual «no emana fuerza simbólica que orienta la vida hacia algo superior» (Han, 2020: 28), pero, ¿cuáles son los rituales que *orientan la vida hacia algo superior?*, ¿hay rituales de primera y segunda clase?, es más, ¿cuál es ese orden superior? Tampoco entra Han a explicar este factor de suma importancia para su argumentación. Los rituales de cuya desaparición se lamenta parecen emanar de una sociedad antigua, de un pasado dorado y glorioso perdido en el tiempo pero que, en ningún momento, queda definido por el filósofo. Esa cierta pasión por el ritual, que podría ser compartida, parece, así, adolecer de cierto conservadurismo. El único momento en el que Han parece aclarar a qué tipo de sociedad corresponden sus añorados rituales es cuando se refiere a la aldea de la obra de Péter Nádas *Cuidadosa ubicación*. Usando la imagen de un peral, el autor refiere la necesidad de silencio, de reflexión, de acuerdo comunitario, de ritual compartido. En la aldea se produce una «conciencia colectiva que engendra una comunidad sin comunicación»<sup>2</sup> (Han, 2020: 45) frente a la comunicación sin comunidad propia del neoliberalismo. Sin embargo, como muy bien señala unas páginas más adelante «aquella aldea no es en realidad un lugar afable. De un colectivo arcaico no cabe esperar hospitalidad» (Han, 2020: 45). Así pues, si el ámbito por excelencia de los ritos de *orden superior* se torna hostil al extraño, ¿en qué medida son positivos los rituales

---

2. Esta es otra de las debilidades de la obra de Han. La comunicación no tiene por qué ser únicamente verbal, es más, los rituales son formas altamente expresivas. Otra cosa es que estén basados en la oralidad.

que se practican en esos ámbitos?, ¿de qué habla Han, en definitiva, cuando se refiere a la desaparición de los rituales?, ¿hemos de lamentarnos?, ¿cuál es su alternativa?

Conforme nos acercamos a los últimos capítulos, con la excepción del dedicado al *Final de la historia*, que se encuentra antes y donde realiza una crítica velada, y errónea, al concepto de «trabajo» de Marx, el hilo conductor de los procesos rituales se esfuma. Las páginas finales realizan interesantes y acertadas reflexiones sobre el papel de la tecnología en las formas asépticas de la guerra en el siglo XXI, la desaparición del espíritu de la Ilustración en la era del *Big Data* o la sustitución de la seducción por la pornografía, que no parecen tener relación directa con la desaparición de los rituales, lo cual genera una cierta confusión en el lector.

En su particular estilo de frases cortas y aceradas, Byung-Chul Han realiza un esfuerzo enorme por analizar, desde la filosofía, el papel de los rituales en la sociedad Occidental actual. Sin embargo, una sensación de prisa o de falta de profundidad en la introducción de importantes conceptos parece no acabar por presentar la obra de forma totalmente adecuada. Si Han persigue con sus últimos libros acercar la filosofía al público, debería, como él mismo señala en esta obra, tomarse su tiempo; en caso contrario, podría pasar a la posteridad como un representante, parafraseando a Marx, de la *miseria de la filosofía progre*.

## Referencias

- Byung-Chun Han (2020). *La desaparición de los rituales*. Barcelona: Ed. Herder.
- Cardini, F. (1984). *Días Sagrados. Tradición popular en las fiestas euromediterráneas*. Barcelona: Argos Vergara.
- GTE-EP (2003). *Carrer, festa i revolta. Els usos simbòlics de l'espai públic a Barcelona (1951-2000)*. Barcelona: Departament de Cultura. Generalitat de Catalunya.
- Saint-Exúpery, A. (1948). *Ciudadela*. Buenos Aires: EMCE.